

Danos hoy nuestro pan de cada día - Mt 6, 11.

Retiro espiritual - ClauNe – mayo de 2024

1. Introducción:
 - a. Dios que hace nuevas todas las cosas (también al hombre).
 - b. La escuela del Corazón de Cristo: aprender a ser hijos.
 - c. El fruto pascual de la alegría y del banquete.
2. El pan suficiente.
 - a. La humildad del Maestro.
 - b. El trabajo y los bienes materiales.
3. El pan supersubstancial.
 - a. La eucaristía.
 - b. La comunión eucarística: fuente y eje de la comunión en la Comunidad y en el cielo.
4. El don del Espíritu del Hijo.
 - a. El alimento que necesitamos: el don de su Espíritu.

Invocación al Espíritu Santo:

**Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos el fuego de tu amor.**

V./ Envía tu Espíritu y todo será creado.

R./ Y repuebla la faz de la tierra.

Oremos: Oh Dios, que has iluminado los corazones de tus hijos con la luz del Espíritu Santo; haznos dóciles a sus inspiraciones, para gustar siempre el bien y gozar de su consuelo. Por Jesucristo nuestro Señor.

[Dios te salve, María... Santa María...]

Citas Bíblicas:

1Jn 4, 19	Jn 17, 26
1Jn 1-4	Lc 11, 28
Ap 21, 1-5	Jn 4, 34
2Cor 6, 2	Mc 14, 36
Jn 8, 1-11	Mc 7, 27
Jn 14, 31	Hch 2, 15-18
Lc 2, 49	Jn 16, 22
Jn 15, 8	Lc 14, 15-24
Mt 11, 28-30	Lc 12, 37
Jn 14, 6	Lc 1, 75

“la ayuda de la gracia hace a los santos” San Agustín, *sermo* 145, 3.

Material adicional:

1. San Agustín, monje y obispo, sermón 61, sobre la oración de petición.
2. San Agustín, monje y obispo, sermón 61A, sobre Mt 7, 7-8, sobre la oración.
3. Leonardo Lehmann, OFMCap, Meditación sobre la oración del Señor (4ª petición).
4. Mons. Munilla, Meditaciones sobre el Padre Nuestro, en pdf.
5. Julio Navarro, Meditaciones sobre el Padre Nuestro, en pdf.

San Agustín

Sermón 61, sobre la oración de petición

1. En el pasaje leído del santo Evangelio, el Señor nos ha exhortado a orar. Pedid —dice— y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Pues todo el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama se le abrirá. O ¿quién de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra?. ¿O, si le pide un pez, le dará una culebra?. ¿O cuando le pide un huevo le da un escorpión?. Si, pues, vosotros —dice—, siendo malos, sabéis dar buenos dones a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos los dará a quienes se lo piden!. Siendo malos —dice— sabéis dar buenos dones a vuestros hijos. Cosa admirable, hermanos: siendo nosotros malos, tenemos un Padre bueno. ¿Hay cosa más clara? Hemos oído cómo nos designa: Siendo malos —dice—, sabéis dar buenos dones a vuestros hijos. Y a los que llamó malos, ved qué Padre les mostró que tenían: ¡Cuánto más vuestro Padre! ¿De quiénes es padre? Ciertamente de los malos. ¿Cómo es el padre? Nadie es bueno sino solo Dios.

2. Por tanto, hermanos, si siendo malos tenemos un Padre bueno, es para que no permanezcamos siempre en la maldad. Nadie que sea malo hace a uno bueno. Si nadie que sea malo hace a uno bueno, ¿cómo se hace bueno un hombre malo? De un hombre malo hace uno bueno quien es siempre bueno. Sáname, Señor —dice— y quedaré sano; sáname tú, y seré sanado. ¿Por qué hombres llenos de vanidad me dicen vanidades, a saber: «Si quieres, tú te sanas a ti mismo»? Sáname tú, Señor, y seré sanado. Nosotros hemos sido creados buenos por quien es bueno. Dios, en efecto, hizo al hombre recto; malos nos hicimos nosotros por nuestra propia voluntad. De buenos pudimos hacernos malos y de malos podremos hacernos buenos. Pero hacer de un hombre malo uno bueno es obra del que siempre es bueno, pues el hombre solo por su propia voluntad no pudo sanarse. No buscas al médico para herirte; pero, una vez que te has herido, buscas quien te sane. Así, pues, aun siendo malos, sabemos dar cosas buenas a nuestros hijos, cosas buenas para un cierto tiempo, bienes temporales, corpóreos, carnales. También esos son bienes, ¿quién lo duda? Son bienes el pez, el huevo, el pan, la manzana, el trigo, esta luz, este aire que respiramos. Son bienes incluso las mismas riquezas a causa de las cuales los hombres se enorgullecen y no reconocen a los otros hombres como sus iguales; a causa de las cuales —repito— los hombres se ensoberbecen, amando más el vestido deslumbrante que pensando en la piel común. También, pues, son bienes las mismas riquezas. Pero todos estos bienes que he mencionado pueden poseerlos tanto los buenos como los malos, y, aun siendo bienes, no pueden, sin embargo, hacer buenos a los hombres.

3. Hay, pues, un bien que hace bueno y hay un bien con el que haces el bien. El bien que hace bueno es Dios, pues nadie hace bueno al hombre sino el que es siempre bueno. Por tanto, para ser bueno, invoca a Dios. Existe otro bien con el que puedes hacer el bien, es decir, cualquier cosa que poseas. El oro, la plata, son bienes que no te hacen bueno, pero con los que haces el bien. Tienes oro, tienes plata y ambicionas oro y plata. Lo tienes y lo ambicionas. Estás lleno y tienes sed. Se trata de una enfermedad, no de abundancia. Hay hombres enfermos, llenos de líquido y siempre sedientos. Están repletos de líquido y sienten sed de líquido. ¿Cómo, pues, te deleitas en la opulencia, tú que tienes

una ambición semejante a la hidropesía? Tienes oro, cosa buena es; pero no es algo que te haga bueno, sino algo con que hacer el bien. ¿Qué bien —dices— he de hacer con el oro? ¿No lo has escuchado en el salmo?: Repartió —dice—, dio a los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos. Este es el bien; este es el bien por el que eres bueno: la justicia. Si posees el bien que te hace bueno, haz el bien con el bien que no te hace bueno. Tienes dinero, da de él. Dando dinero, aumentas tu justicia. Pues, repartió, distribuyó, dio a los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos. Considera qué disminuye y qué aumenta. Disminuye el dinero, aumenta la justicia. Disminuye lo que ibas a abandonar; mengua lo que ibas a dejar; aumenta, en cambio, lo que vas a poseer por la eternidad.

4. Te doy un consejo sobre cómo obtener ganancias. Aprende a mercaderear. ¿Aplaudes al comerciante que vende plomo y adquiere oro y no alabas al que da dinero y adquiere justicia? «Pero yo —dices— no doy dinero porque no tengo justicia. Dé dinero quien la posea; a mí que no poseo la justicia, déjame tener al menos dinero». Entonces, ¿no quieres dar dinero porque no posees la justicia? Más bien, dalo para adquirirla. ¿De quién la vas a obtener sino de Dios, fuente de la justicia? Por tanto, si quieres poseer la justicia, sé mendigo de Dios, quien poco ha, mediante las palabras del Evangelio, te exhortaba a pedir, buscar, llamar. Él conocía a su mendigo, y he aquí que, como padre de familia e inmensamente rico en riquezas espirituales y eternas, te exhorta y te dice: «Pide, busca, llama». Quien pide recibe, el que busca encuentra, a quien llama se le abrirá. Te exhorta a que pidas; ¿va a negarte lo que le pides?

5. Pon ahora atención a una semejanza o comparación que, por contraste, nos exhorta a la oración. Se trata del rico malvado del que habla el Señor cuando dice: Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Una viuda le interpellaba día a día y le decía: «Hazme justicia». Por algún tiempo él no quiso. Ella no cesaba de interpellarlo, y él hizo por aburrimiento lo que no quería hacer como favor. De esta forma, y por contraste, nos exhortó a pedir.

Un hombre a cuya casa había llegado un huésped, fue —dice— a la de un amigo, y comenzó a llamar y a decir: «Me ha llegado un huésped, préstame tres panes». Él le respondió: «Estoy ya descansando y mis siervos conmigo». El hombre no cesa, sigue allí en pie, insiste, llama; como amigo mendiga de un amigo. ¿Y qué dice Jesús? En verdad os digo que se levanta y le da cuantos panes quiera, pero no por la amistad, sino por su importunidad. No por la amistad, aunque sea su amigo, sino por su importunidad. ¿Qué significa por su importunidad? Porque no dejó de llamar; porque, aun habiéndoselo negado, no se aleja. Quien no quería dar los panes, hizo lo que se le pedía porque el otro no se cansó de pedir. ¿Con cuánta mayor razón nos dará el que, siendo bueno, nos exhorta a pedir y a quien desagrada que no le pidamos? Si a veces tarda en dar, encarece sus dones, no los niega. La consecución de algo largamente esperado es más dulce; lo que se nos da de inmediato pierde valor. Pide, busca, insiste. Pidiendo y buscando obtienes el crecimiento necesario para recibir el don. Dios te reserva lo que no te quiere dar de inmediato para que también tú aprendas a desear vivamente las cosas grandes. Por tanto, conviene orar siempre y no desfallecer.

6. Si, pues, hermanos míos, Dios nos hizo mendigos suyos al aconsejarnos, exhortarnos y ordenarnos que pidamos, busquemos y llamemos, consideremos también quiénes nos piden a nosotros. Nosotros pedimos. ¿A quién pedimos?

¿Quiénes pedimos? ¿Qué pedimos? ¿A quién, quiénes o qué pedimos? Pedimos al Dios bueno; pedimos nosotros, hombres malos; pedimos la justicia que nos hace buenos. Pedimos, pues, algo que poseer eternamente, algo de que no volveremos a sentir necesidad, una vez que hayamos sido saciados. Mas, para llegar a esta saciedad, sentimos hambre y sed; sintiendo hambre y sed, pidamos, busquemos, llamemos. Pues dichosos quienes tienen hambre y sed de justicia. ¿Por qué dichosos? Tienen hambre y sed, y ¿son dichosos? ¿Es alguna vez la penuria fuente de dicha? No son dichosos porque sienten hambre y sed, sino porque serán saciados. Entonces la dicha se hallará en la saciedad, no en el hambre. Mas preceda el hambre a la saciedad, no sea que el hastío impida llegar a los panes.

7. He indicado a quién hemos de pedir, quiénes hemos de pedir y qué hemos de pedir. Pero también a nosotros nos piden. Somos, en efecto, mendigos de Dios; para que él nos reconozca como mendigos suyos, reconozcamos nosotros también a los nuestros. También entonces, cuando nos piden a nosotros, consideremos quiénes piden, a quiénes piden, qué piden. ¿Quiénes piden? Hombres. ¿A quiénes piden? A hombres. ¿Quiénes piden? Hombres mortales. ¿A quiénes piden? A hombres mortales. ¿Quiénes piden? Hombres frágiles. ¿A quiénes piden? A hombres frágiles. ¿Quiénes piden? Hombres miserables. ¿A quiénes piden? A hombres miserables. Dejando de lado sus riquezas, quienes piden son tales cuales aquellos a quienes piden. ¿Qué cara tienes para pedir a tu Señor, tú que no reconoces a quien es igual que tú? «No soy —dices— como él. Lejos de mí el ser así». Esto dice del andrajoso el inflado y enteramente vestido de seda. Pero mi pregunta se dirige a los hombres desnudos. No pregunto cómo sois cuando estáis vestidos, sino cómo erais cuando nacisteis. Ambos desnudos, ambos débiles, ambos iniciando una vida mísera y, por ello, ambos llorando.

8. Ahora bien, ¡oh rico!, recuerda el comienzo de tus días. Mira si trajiste algo a este mundo. Pero ya has venido, y has encontrado tantas cosas. Dime —te ruego—, ¿qué trajiste tú? Di qué trajiste. O, si te avergüenzas de decirlo, escucha al Apóstol: Nada trajimos a este mundo. Nada —dice— trajimos a este mundo. ¿Acaso porque aquí has encontrado abundancia de cosas, aunque tú nada trajiste, vas a llevar contigo algo de este mundo? Quizá también tiembles al confesar esto, llevado por el amor a las riquezas. Escucha también esto. Dígalo igualmente el Apóstol, quien no te adula: Nada trajimos a este mundo, obviamente cuando nacimos, pero tampoco podemos sacar nada, obviamente cuando salgamos de él. Nada trajiste, nada te llevarás de él. ¿Por qué te inflas frente al pobre? Retírense los padres, los esclavos, los protegidos al momento de nacer un niño; quítense de en medio las muchedumbres complacientes y reconózcanse a los niños ricos llorando. Den a luz al mismo tiempo una rica y una pobre, den a luz contemporáneamente una mujer rica y otra pobre. No miren a la criatura que han dado a luz, retírense un momento, den la vuelta y reconozcan la suya. He aquí, rico, que nada trajiste a este mundo, pero tampoco puedes llevarte nada de él. Lo que he dicho de los que nacen, esto mismo digo de los que mueren. Cuando por alguna circunstancia se abren sepulcros antiguos, inténtese reconocer los huesos del rico. Por tanto, tú, rico, escucha al Apóstol: Nada trajimos a este mundo. Reconócelo, es verdad. Pero tampoco podemos llevarnos nada de él. Reconócelo, también esto es verdad.

9. ¿Cómo continúa? Poseyendo alimento y con qué vestirnros, estemos contentos. Pues quienes quieren hacerse ricos caen en la tentación y en muchos deseos dañinos, que sumergen a los hombres en la muerte y en la perdición. La avaricia es la raíz de todos los males. Muchos, por ir tras ella, se extraviaron de la fe. Mira lo que abandonaron. Si te duele el que lo abandonaron, mira dónde fueron a dar. Escucha: Se extraviaron de la fe y fueron a dar en muchos dolores. Pero ¿quiénes? Los que quieren hacerse ricos. Una cosa es ser rico y otra querer hacerse rico. Rico es quien ha nacido de padres ricos; no es rico porque él lo quiso así, sino porque muchos le dejaron su herencia. Veo las riquezas, no pregunto por los placeres. En este caso, se acusa la codicia; no el oro, no la plata, no las riquezas, sino la codicia. Pues los que no quieren hacerse ricos, o no se preocupan de ello o no arden en deseos de poseer, ni se encienden con las teas de la avaricia, sino que son ya ricos, escuchen al Apóstol. Hoy se ha leído: Manda a los ricos de este mundo. Manda. ¿Qué? Mándales, ante todo, que no sean orgullosos. Nada existe que con tanta facilidad engendren las riquezas como el orgullo. Cualquier clase de manzana, de grano, de trigo, cualquier clase de madera, tiene su gusano. Y uno es el del manzano, otro el del peral, otro el del haba, otro el del trigo. El gusano de las riquezas es el orgullo.

10. Manda, pues, a los ricos de este mundo que no sean orgullosos. Excluyó el vicio en las riquezas, enséñenos cómo utilizarlas. No ser orgullosos ¿de qué? De lo que sigue: Ni pongan su esperanza en riquezas inseguras. Quienes no ponen su esperanza en riquezas inseguras no son orgullosos. Si no tienen pensamientos altivos, teman. Si temen, no tienen pensamientos altivos. ¡Cuántos eran ricos ayer y hoy son pobres! ¡Cuántos se van a dormir siendo ricos y, habiendo llegado los cacos que les arrebataron todo, se despiertan siendo pobres! Por tanto, no pongan su esperanza en las riquezas inseguras, sino en el Dios vivo que nos otorga todas las cosas con abundancia para que disfrutemos: las temporales y las eternas. Para disfrutar, las eternas sobre todo; para usar de ellas, las temporales. Las temporales, como para viandantes; las eternas, como para moradores definitivos. Las temporales con las que hacer el bien; las eternas con las que hacernos buenos. Hagan, pues, esto los ricos: no sean orgullosos ni pongan su esperanza en las riquezas inseguras, sino en el Dios vivo, que nos otorga todas las cosas con abundancia para que disfrutemos; hagan esto. ¿Qué han de hacer con lo que poseen? Escucha: Sean ricos en buenas obras, den con facilidad. Tienen qué dar. ¿Por qué no lo hacen? La pobreza lo pone difícil. Den con facilidad; tienen qué. Repartan, es decir, reconozcan que los demás mortales son iguales a ellos. Repartan con los demás, atesoren para sí una buena base para el futuro. Pues, al decir —así el Apóstol— den con facilidad, repartan, en ningún modo quiero que se despojen de todo, ni quiero que queden desnudos, como no quiero que queden con las manos vacías. Cuando les digo: Atesoren para sí, les enseñé cómo conseguir ganancias. No quiero que se conviertan en pobres. Atesoren para sí. No digo que pierdan sus bienes; al contrario, les muestro adónde han de traspasarlos. Atesoren para sí una buena base para el futuro, a fin de conseguir la verdadera vida. Esta vida, por tanto, es falsa; a fin de conseguir la verdadera vida. Vanidad de vanidades, pues, y todo vanidad. ¿Cuánta es la abundancia que obtiene el hombre de todos los trabajos que realiza bajo el sol?. Hay que conseguir, pues, la vida verdadera; nuestras riquezas hemos de traspasarlas al lugar de la vida verdadera, para encontrar allí lo que aquí damos. Quien nos cambia a nosotros, las cambia a ellas también.

11. Dad, pues, a los pobres, hermanos míos. Poseyendo alimento y con qué vestirnos, estemos contentos. Ninguna otra cosa obtiene el rico de sus riquezas sino lo que le pide el pobre: alimento y abrigo. Además de esto, de todo lo que tienes, ¿qué otra cosa tienes? Recibiste el alimento, recibiste el abrigo necesario. Estoy hablando de lo necesario, no de lo vano ni de lo superfluo. ¿Qué otra cosa obtienes de tus riquezas? Dímelo. Serán todas cosas superfluas para ti. Pero lo superfluo para ti es necesario para los pobres. —«Pero yo —dices—, banqueteo opíparamente, me alimento de manjares costosos». —«¿De cuáles se alimenta el pobre?». —«De los ordinarios». Los alimentos del pobre son los ordinarios, mientras que yo —dices— me alimento de manjares costosos». Yo os pregunto una vez saciados los dos. Entra en tu interior el manjar costoso, ¿en qué se convierte una vez dentro? Si los intestinos fuesen transparentes como cristales, ¿no te avergonzarías de todos los manjares costosos de que te has saciado? Tiene hambre el rico y tiene hambre el pobre; uno y otro buscan saciarse. El pobre se sacia con alimentos ordinarios, el rico con manjares costosos. La saciedad es igual. La posesión a que ambos quieren llegar es única, pero el primero quiere hacerlo directamente, el segundo mediante un rodeo. «Pero —dices— me saben mejor los alimentos bien preparados y costosos». Hastiado, apenas te sacias. Desconoces el sabor de lo que condimenta el hambre. Con lo dicho no trato de obligar a los ricos a que se alimenten de los manjares y alimentos de los pobres. Sigán los ricos la costumbre que ha adquirido su debilidad, pero duélanse de no poder seguir otra diferente. Mejor les sería poder seguir otra. Si, pues, el pobre no se enorgullece de su condición de mendigo, ¿por qué te enorgulleces tú de tu debilidad? Sírvete alimentos escogidos, costosos, porque tal es tu costumbre, porque no te es posible de otra manera, puesto que, si cambias la costumbre, enfermas. Se te concede. Sírvete de cosas superfluas, pero da a los pobres lo que les es necesario. Sírvete manjares costosos, pero da a los pobres los ordinarios. Él espera de ti, tú esperas de Dios. Él tiene puesta su esperanza en la mano que fue hecha juntamente con él; tú la tienes puesta en la mano que te hizo. Pero no solo te hizo a ti, sino también al pobre contigo. Os dio a los dos como único camino esta vida; en ella os habéis encontrado como compañeros de viaje, camináis por el mismo camino. Él no lleva nada, tú vas demasiado cargado. Él no lleva nada consigo; tú llevas contigo más de lo que necesitas. Vas cargado; dale a él de eso que tienes. De esta forma, además de alimentarlo a él, aligeras tu propia carga.

12. Dad, pues, a los pobres. Os ruego, os lo aconsejo, os lo prescribo, os lo mando. Dad a los pobres lo que queráis. No ocultaré a Vuestra Caridad por qué me fue necesario predicaros este sermón. Desde el mismo momento de salir de casa para venir a la iglesia y al regresar, los pobres me salen al paso y me dicen que os hable, con la esperanza de recibir algo de vosotros. Ellos me impulsaron a que os hablara. Y cuando ven que nada reciben, piensan que es inútil mi trabajo con vosotros. También de mí esperan algo. Les doy cuanto tengo; les doy en la medida de mis posibilidades. ¿Acaso soy yo capaz de satisfacer todas sus necesidades? Así, pues, dado que no lo soy, al menos me convierto en portavoz suyo ante vosotros. Me habéis oído, me habéis alabado. ¡Gracias a Dios! Habéis recibido la semilla y habéis devuelto palabras. Estas alabanzas vuestras son para mí más un peso que otra cosa y me ponen en peligro. Las tolero a la vez que tiemblo ante ellas. Con todo, hermanos míos, estas vuestras alabanzas son fronda de árbol: reclamo el fruto.

San Agustín
Sermón 61A, sobre Mt 7, 7-8

1. Puesto que el Señor no quiso que saliese de aquí en condición de deudor, reconozco que es el momento de cumplir lo prometido. Por eso mandé que se leyera también hoy el mismo pasaje evangélico leído cuando me excusé. De esta forma, aquello de que os privé por necesidad, os lo devuelvo ahora por caridad. Ni hay suficiente tiempo, ni mis fuerzas alcanzan para examinar y comentar todas las palabras del texto. No obstante, es de todo punto necesario que diga algo de él, y, con la ayuda del Señor, lo diré como pueda.

2. El Señor nos ha exhortado a pedir, buscar y llamar al decir: Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá. Pues todo el que pide recibe, y el que busca hallará y al que llama se le abrirá. Ante todo, estas palabras presentan una dificultad que he de resolver en la medida de mis fuerzas. Sabemos que muchos piden y no reciben, buscan y no hallan, llaman y no se les abre. ¿Cómo, entonces, todo el que pide recibe? En efecto, aunque aparezca formulado tres veces y con tres formas distintas, todo se reduce a una sola petición. Pedid, buscad, llamad equivale a pedid. Esto lo sabemos por el resumen que hizo el Señor: Si vosotros, siendo malos, sabéis dar dones buenos a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará dones buenos a quienes se los piden?. No dice: «a quienes buscan» o «a quienes llaman», sino que resumió las tres cosas en una al decir a quienes se las piden.

3. ¿Por qué, entonces, muchos piden y no reciben, si todo el que pide recibe? ¿O acaso estamos en un error, al pensar que pedimos y no recibimos? Además de los ejemplos diarios que nos son conocidos, la Escritura misma atestigua que el apóstol Pablo pidió que se alejase de él el ángel de Satanás y no lo obtuvo. Hallamos también que hombres malos han pedido y han recibido y que hombres buenos han pedido y no han recibido. ¿Hay algo peor que los demonios? Y, sin embargo, ellos solicitaron ir a los puercos y se les concedió. Se descubre que Dios no satisfizo el deseo de los apóstoles y sí el de los demonios. ¿O dudamos, acaso, de que los apóstoles pertenecen a Dios y de que ellos sobre todo han de reinar con Cristo, y de que los demonios han de arder con su príncipe, el diablo, por toda la eternidad? ¿Qué decir, pues, sino que el Señor sabe quiénes son los suyos y que, de entre ellos, todo el que pide recibe?

4. Pero nos queda todavía una cuestión a propósito del Apóstol. Él no está excluido de los que son del Señor, a los que se refiere la frase: El Señor sabe quiénes son los suyos. Por tanto, todos los que son suyos, si piden, reciben; ninguno de ellos pide y no recibe. Pero preguntamos qué recibe. Lo que se pide pensando en esta vida temporal, a veces es de provecho, a veces es un impedimento. Y cuando Dios sabe que ciertas cosas son un impedimento, no las concede a los suyos que las desean y se las piden, de la misma manera que tampoco el médico da cualquier cosa que el enfermo pida. Por amor niega lo que, si faltase el amor, concedería. Por tanto, escucha a todos los suyos en cuanto se refiere a la salvación eterna, y no los escucha en cuanto se relaciona con la codicia temporal. Y si no les escucha en esto, es para escucharles en aquello. En efecto, también el enfermo para seguir con la comparación, cuando pide al médico algo que este sabe que le es dañino, lo que desea de él antes de nada es la curación. El médico, por tanto, para escucharle en su deseo de ser

curado, no atiende a su capricho. Considera, además, las palabras mismas del Apóstol. Cuando no recibió lo que por tres veces le pidió, el Señor le dijo: Te basta mi gracia, pues la virtud se hace perfecta en la debilidad. ¿Por qué deseas verte libre del aguijón de la carne que recibiste para que no te enorgullecieras de tus revelaciones? Ciertamente pides esto porque ignoras lo que te es provechoso. Da fe al médico. Lo que te impuso es duro, pero útil; causa dolor, pero produce la curación. Mira la finalidad, alégrate de que se te haya negado y comprende que se te ha concedido. ¿Con qué finalidad? La virtud se hace perfecta en la debilidad. Soporta, pues, la debilidad, si deseas la curación. Tolerar la debilidad, si deseas la perfección. Porque la virtud se hace perfecta en la debilidad. Para que sepas que no estás abandonado, te basta mi gracia.

5. Lo sé yo, y lo sabemos todos y no podemos ocultarlo, pues las curaciones milagrosas que cada día se suceden aquí por la memoria del bienaventurado y glorioso mártir, presente en este lugar¹ hieren los ojos aun de los que no quieren ver. Por esto ante todo advierto a Vuestra Caridad que, sin duda alguna, hay quienes piden y no reciben. No se consideren abandonados. Para empezar, interroguen su corazón y vean si piden con fe. Quien pide con fe, para su utilidad recibe y para su utilidad alguna vez no recibe. Cuando no sana el cuerpo, quiere sanar el alma. Admite, por tanto, que te conviene lo que quiere quien te llamó al reino eterno. Pues ¿qué es eso que deseas como un gran bien? Te prometió la vida eterna, te prometió reinar con los ángeles, te prometió un descanso sin fin. ¿Qué es lo que ahora no te concede? ¿No es vana la salud de los hombres?. ¿No han de morir con toda certeza los que son curados? Cuando llegue esa muerte, todas aquellas cosas pasadas se desvanecerán como el humo. En cambio, cuando llegue la vida que se te ha prometido, ciertamente no tendrá ya fin. Para esta te equipa quien ahora te niega algo; con vistas a ella te prepara y te instruye. Y si has recibido la curación porque tuviste fe y pediste no es indecoroso pedir, aunque por nuestra utilidad a veces no se concede lo pedido, acéptala y usa bien de ella. ¿No le conviene estar enfermo a quien, una vez curado, se va a entregar a la lujuria? Por tanto, cuando hayas recibido la salud temporal, haz buen uso de ella, de manera que con lo que te dio sirvas a quien te lo dio. Y no te antepongas a quién tal vez pidió y no recibió, diciendo en tu corazón: «Yo tengo más fe que él». Respecto a esto acabas de oír en el Evangelio: No juzguéis y no seréis juzgados. ¿A qué se refiere el no juzguéis, sino a las cosas ocultas? Pues ¿a quién se prohíbe juzgar de las cosas manifiestas, si dice la Escritura en otro lugar: Las cosas manifiestas para vosotros; las ocultas, en cambio, para el Señor vuestro Dios?. Es decir, permitíos juzgar las cosas que son manifiestas; las que están ocultas, dejadlas a vuestro Dios. ¿Cómo sabes que al que tal vez pidió y no recibió no se le negó esta salud temporal porque es más fuerte que tú? -«Pidió y no recibió». -«Pero ¿qué pidió?». -«La salud corporal». -«Tal vez su fe es más fuerte que la tuya, y esa es la causa por la que tú recibiste lo que pedías, porque si no lo recibías, desfallecías. Tampoco esto lo he asegurado; he dicho "tal vez" para no hacer yo lo que acabo de prohibir, para no osar emitir un juicio sobre cosas ocultas». Alguna vez, por tanto, no recibió porque pidió sin fe; otras veces no recibió porque es más fuerte que tú, para así ser ejercitado en la paciencia, como dijimos refiriéndonos al Apóstol. Era más fuerte, pero no perfecto aún, razón por la que escuchó: La virtud se hace perfecta en la debilidad.

6. Sabemos que los Apóstoles así lo proclaman sus escritos sanaron a enfermos con la sola palabra. El mismo apóstol Pablo dice a cierta persona: Eneas, levántate y arréglate el lecho. Inmediatamente se levantó, ya curado, el que yacía enfermo desde hacía muchos años y se arregló el lecho. Y, sin embargo, él mismo dice refiriéndose a cierto discípulo suyo: Dejé en Mileto a Trófimo porque estaba enfermo. ¿Sanas a un desconocido en el lugar adonde llegas y dejas enfermo a tu discípulo en el lugar de donde te vas? ¿Qué dice de Epafras? Estaba triste dice porque había oído que él había enfermado; pues había enfermado hasta peligrar su vida. ¿Qué tenía de extraordinario para el apóstol Pablo sanarle a él también con la palabra, y no permitir que llegase hasta ver cerca la muerte? Pero Dios dice se compadeció de él; no solo de él, sino también de mí, para que no se me acumulara tristeza sobre tristeza. Da la impresión de que quería que fuese curado. Si lo quería, no hay duda de que también oraba y, no obstante, con su oración no conseguía la curación. Pero, una vez que la consiguió, dio las gracias porque, aunque a duras penas, la consiguió. Al bienaventurado Timoteo le da un consejo sobre medicina. Al paralítico, enfermo desde hacía mucho tiempo, lo puso en pie con su sola palabra. Con la misma palabra, en cambio, no pudo sanar el estómago de su discípulo amadísimo, un alma sola con la suya y, para él das con palabras tuyas un hermano. No obstante, le dice: No bebas agua por ahora, sino sítete un poco de vino pensando en tu estómago y frecuentes achaques. Básteos lo dicho referente a aquello sobre lo que quise prevenir a Vuestra Caridad, para que no os riáis ni penséis mal de los que quizá han pedido y no han recibido, o desfallezcáis quienes tal vez habéis pedido y no habéis recibido, o para que quienes pedís y recibís no os antepongáis orgullosamente a quienes no reciben,

7. ¿Qué significa, entonces, eso de que absolutamente todos los que son suyos piden y reciben, buscan y hallan, llaman y se les abre? Pues, si ello no fuera así, no diría la Verdad: Todo el que pide recibe. ¿Qué es esto? ¿Dónde se encuentra? Busquemos en ese mismo pasaje, por si encontramos en él lo que buscamos. En él lo tienes; sí, en él lo tienes. Reconozcámonos a nosotros mismos allí donde escuchamos que somos malos. Dice: Si vosotros, siendo malos, sabéis dar dones buenos a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará dones buenos a quienes se los pidan?²³ Llamó bueno a nuestro Padre y a nosotros malos. ¿Qué decimos, pues? El Dios supremo, el Padre bueno, ¿es Padre de los malos? No podemos negar que lo es, aunque parezca un absurdo. Habla la Verdad: Si vosotros, siendo malos ¿por qué llevamos la contraria a la Verdad?, sabéis dar dones buenos a vuestros hijos. A nuestros hijos les damos dones buenos que, sin embargo, no los hacen buenos. Por tanto, si podemos darles bienes que no los hacen buenos, no obstante que sean bienes, ¿qué resta sino pedir a Dios los bienes que nos hagan buenos? Es a nosotros a quienes recrimina al decir: Siendo malos. Y, sin embargo, se nos ha mostrado como sumamente bueno nuestro Padre, que está en los cielos. ¿No sentimos vergüenza de ser malos teniendo tal Padre? ¿Acaso él hubiera querido ser Padre de hombres malos si hubiera querido dejarlos en la maldad, si hubiera querido que permaneciéramos malos por siempre? Así, pues, si somos malos y tenemos un Padre bueno, esto pidamos, esto busquemos, por esto llamemos: que él, bueno, nos haga buenos para no tener hijos malos. ¿Hasta qué punto se hace ahora uno bueno? ¿Hasta qué punto? Por grandes que sean sus progresos ha de luchar contra sus apetencias torcidas, ha de luchar contra el apetito sexual desordenado. Por mucho que progrese, aunque alguien esté en paz con cuanto

hay dentro o fuera de él, en su interior sufrirá una guerra, en sí mismo ha de librar la batalla, sin cesar de combatir, teniendo como espectador a quien está dispuesto a ayudar al fatigado y a coronar al vencedor. Mas, cuando haya desaparecido todo desacuerdo y toda pendencia existente en nosotros mismos pues nuestra dolencia y nuestra pendencia no constituyen otra naturaleza contraria a nosotros sino que en cierto modo nuestra dolencia es la naturaleza acostumbrada. En el paraíso no éramos así; nada nuestro nos ofrecía resistencia. Abandonamos a aquel con quien vivíamos en paz y comenzamos a estar en guerra con nosotros mismos. Y esta es nuestra miseria. Gran cosa es no salir derrotados en esta guerra durante la vida, pues es imposible que carezcamos en ella de enemigos. Mas habrá una vida última en la que no tendremos enemigo alguno, ni interior ni exterior. Como último enemigo será vencida la muerte. Entonces habitaremos dichosos en la casa de Dios y le alabaremos por los siglos de los siglos. Amén.

FRANCISCO, MAESTRO DE ORACIÓN
Comentario a las oraciones de san Francisco
por Leonardo Lehmann, OFMCap

Capítulo IX

MEDITACIÓN SOBRE LA «ORACIÓN DEL SEÑOR»

La «Paráfrasis del Padrenuestro» (ParPN)

CUARTA PETICIÓN: Cristo, nuestro pan de cada día

6. El pan nuestro de cada día:
tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo,
dánosle hoy:
para que recordemos, comprendamos y veneremos
el amor que nos tuvo,
y cuanto por nosotros dijo, hizo y padeció.

Preocupación por el pan cotidiano

Con la cuarta petición empieza otra parte del Padrenuestro. «Cambia el clima: del Tú solitario del Dios de los cielos se pasa al Nosotros de la tierra, con los problemas y dificultades que nos preocupan diariamente: el pan, el pecado, la tentación, el mal».[S. Duranti, *Pregchiere di Francesco d'Assisi*, Asís 1988, pág. 42.]

La expresión «el pan nuestro de cada día» se ha hecho proverbial. Hablamos de la lucha por ganar el pan de cada día y pensamos en el esfuerzo necesario para conseguir los medios de subsistencia. Esta preocupación era mayor para Francisco que para nosotros. Pues, de hecho, se atenía al mandato de Jesús a sus discípulos: «No toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero...» (Lc 9,3). Pero también tenía en cuenta la exhortación de Jesús: «Comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero tiene derecho a su salario» (cf. Lc 10,7). Francisco y sus compañeros confiaban en recibir por su trabajo manual en los campos y en las casas lo necesario para su sustento. Dice en el Testamento: «Y cuando no nos den la paga del trabajo, recurramos a la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta» (Test 22).

Viviendo en esta incertidumbre, desconociendo con frecuencia si a la mañana siguiente encontrarían un trozo de pan que llevarse a la boca, los hermanos comprendieron más profundamente el Padrenuestro. Supieron lo que es rezar,

con el estómago vacío: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy». Su petición del pan de cada día no era retórica piadosa, sino algo muy real y concreto. A pesar de ello, el comentario a esta petición trasciende con mucho el plano de la alimentación corporal.

Jesucristo, pan cotidiano

Este salto conceptual del pan material a Jesucristo, pan eucarístico, es algo que podrá causarnos sorpresa. En su petición del pan cotidiano, Francisco, no obstante su necesidad material, piensa en el Señor presente en el sacramento del altar: «Diariamente viene a nosotros Él mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote. Y como se mostró a los santos apóstoles en carne verdadera, así también ahora se nos muestra a nosotros en el pan consagrado. Y lo mismo que ellos con la vista corporal veían solamente su carne, pero con los ojos que contemplan espiritualmente creían que Él era Dios, así también nosotros, al ver con los ojos corporales el pan y el vino, veamos y creamos firmemente que es su santísimo cuerpo y sangre vivo y verdadero. Y de esta manera está siempre el Señor con sus fieles, como El mismo dice: "Ved que yo estoy con vosotros hasta la consumación del mundo"» (Adm 1,17 y 22).

Llama la atención el hecho de que Francisco repita la palabra «diariamente». Sin duda tenía presente la celebración cotidiana de la Eucaristía, tan importante para su alma como lo era el pan para su cuerpo.

Esta interpretación eucarística de la cuarta petición del Padrenuestro la encontramos en varios Padres de la Iglesia.[Cf. W. Dürig, *Die Deutung der Brotbitte des Vater unser bei den lateinischen Vätern bis Hieronymus*, en *Liturgisches Jahrbuch* 18 (1968), 72-86.] Leemos, por ejemplo, en el Tratado sobre el Padrenuestro (cap. 18), de san Cipriano: «Decimos: El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Esto puede entenderse en sentido espiritual o literal, pues de ambas maneras aprovecha a nuestra salvación. En efecto, el pan de vida es Cristo, y este pan no es sólo de todos en general, sino también nuestro en particular. Porque, del mismo modo que decimos: Padre nuestro, en cuanto que es Padre de los que lo conocen y creen en Él, de la misma manera decimos: El pan nuestro, ya que Cristo es el pan de los que entramos en contacto con su cuerpo».[Cf. *Liturgia de las Horas*, de la Comisión Episcopal Española de Liturgia, vol. III, pág. 309.]

No nos causará extrañeza esta interpretación espiritual si consideramos el sentido profundo que el pan y el banquete tienen en la vida de Jesús. Jesús afirma de sí mismo: «Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí, no tendrá hambre» (Jn 6,35). De este modo, la petición del pan cotidiano se transforma en petición del pan de la vida, que es Jesús mismo: «Señor, danos siempre de este pan» (Jn 6,34).

Es fácilmente comprensible que Francisco hiciera suya esta interpretación eucarística de la petición del pan. De hecho, el sacramento del altar ocupa un lugar privilegiado en sus Admoniciones, en sus Cartas y en el Testamento. Francisco quería que el sacramento del altar se celebrara, recibiera y conservara con profunda veneración y esmero. Esta actitud no era fruto de una

escrupulosidad rubricista, sino respuesta de su corazón amante. Debemos amar al Amor que nos ha amado tanto. Por eso recuerda con tanto apremio el amor de Dios, en su exposición del Padrenuestro.

Para Francisco, en efecto, celebrar la Eucaristía significa ante todo cumplir el testamento de Jesús: «¡Haced esto en memoria de mí!». En esta memoria de Jesús, el amor de Dios se hace vivo y presente; comprendemos mejor el amor de Dios en la celebración de la Eucaristía que en una meditación analítica. El misterio sólo puede comprenderse cuando uno se deja captar por él. Para comprender el misterio hace falta la mística.

¿Para qué la Eucaristía diaria?

Francisco responde a esta pregunta con brevedad y nitidez: «Para memoria, inteligencia y reverencia del amor de Jesús». El orden en que nombra estas tres palabras: memoria, inteligencia y reverencia, es importante. Por el recuerdo y la comprensión crecen el altísimo aprecio y veneración de los que a veces carecemos. Escribe Francisco en su Carta a toda la Orden: «El hombre desprecia, profana y pisotea al Cordero de Dios cuando, como dice el Apóstol, sin distinguir ni discernir el santo pan de Cristo de otros alimentos u obras, o bien lo come siendo indigno, o bien, siendo digno, lo come vana e indignamente» (CtaO 19).

Para celebrar correctamente la Eucaristía, hemos de hacer memoria de la última Cena de Jesús, y reconocer y cumplir su designio. Lo que debemos meditar, comprender y reverenciar es el amor de Dios. La Eucaristía es el banquete del amor, el lugar donde el amor de Dios se hace visible, tangible y comestible. Por eso, todo cuanto se relaciona con la Eucaristía merece sumo respeto. El cáliz, la patena, los libros del altar, etc., pueden ser preciosos: la suma pobreza exigida por Francisco en todos los demás ámbitos, parece haber perdido aquí su razón de ser.

Con las palabras «recordemos, comprendamos y veneremos», Francisco apunta a lo central de la Eucaristía, que se resume en el amor. De manera análoga, resume la obra salvífica de Jesús en tres palabras: «cuanto por nosotros dijo, hizo y padeció». Cuando recibimos o queremos recibir el «pan del cielo», pensamos o debemos pensar en todo ello.

Vivimos lo que Jesús dijo, hizo y padeció

Así como en otros lugares de sus escritos Francisco subraya contemporáneamente el respeto a la palabra de Dios y el respeto al sacramento del altar (CtaCle 1-7.11-12; 1CtaCus 2-5; CtaO 12.34-37), así también evoca aquí, a la vez que la Eucaristía, lo que Jesús «dijo por nosotros». El profundo respeto a la palabra de Dios y al santísimo sacramento del altar muestran claramente una vez más la conexión entre palabra y obras. Jesús nos habló anunciando el Reino de Dios y refrendó con obras sus palabras. Aceptó la muerte, culminando su palabra con la vida, con su propia vida. Por eso hay que recordar aquí expresamente, como lo hace Francisco, la Pasión del Señor.

Y lo que Jesús «dijo, hizo y padeció» no debe considerarse solamente a la luz de una visión histórica y retrospectiva; no es un mero acontecimiento del remoto

pasado y que, en el fondo, ya no nos afectaría. Lo que Jesús dijo, hizo y padeció, lo hizo, dijo y padeció «por nosotros». Conciérne a todos los hombres del pasado, del presente y del futuro. Estas palabras de Francisco son como un comentario al artículo del Credo de la Iglesia: «Por nuestra salvación bajó del cielo».

Quien medita palabra a palabra la interpretación que Francisco hace de la petición del pan cotidiano, advertirá que se trata de algo más que del proverbial «pan nuestro de cada día». Se trata de Jesucristo, el Hijo amado del Padre, que nos dio y nos da vida, una Vida que supera nuestra vida.